

### **III. PROFUNDIZACIÓN VICENCIANA**

1. Puesta en común de la oración que han hecho durante la semana
2. Breve presentación de la figura de San Vicente, destacando las características de su espiritualidad, desde aquí invitar a los jóvenes a:
  - Conectar oración y vida
  - Hacer, presentar, en su oración a los pobres, más aún a "orar en nombre de ellos"
  - No salir nunca de la oración sin hacer una "resolución"
3. Oración: A partir de la frase que más impacto les ha causado. Cada uno hará su propia oración y la compartirá con todo el grupo.
4. Durante la semana: Poner en práctica algunas características de la Oración Vicenciana; A partir de algún acontecimiento significativo personal, familiar; Algún suceso, noticia impactante; hacer la Oración utilizando las formas indicadas en la catequesis "Oración carta" "Orar con la vida". Escribir ambos días como os ha ido.

#### **LA ORACIÓN EN S. VICENTE**

«Jesús tenía la oración como ejercicio continuo y principal» (1). La persona de Jesús le inspira las palabras y formas de dialogar con el Padre, que nos llama a permanecer en comunión de amor con Él. A los seguidores de Jesús se les conoce por su espíritu de oración y por el compromiso con los pobres.

#### **1. «AMAMOS A DIOS..., PERO QUE SEA A COSTA DE NUESTROS BRAZOS»**

La autenticidad de vida se prueba por las obras, no por los ratos más o menos largos de oración. Los hay que viven engañados en la oración «viendo blanco como un cisne lo que es negro como un cuervo» (2), o dejándose arrastrar por corrientes muelles de devoción:

"Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia y otros semejantes afectos y prácticas exteriores de un corazón amante, aunque muy buenos y deseables, resultan, sin embargo, sospechosos cuando no se llega a la práctica del amor efectivo: «Mi Padre es glorificado, dice nuestro Señor, en que deis mucho fruto {Jn 15,8}» (3).

El amor afectivo -ternura en el amor- no basta si no se traduce en compromisos apostólicos como instruir a los pobres o buscar la oveja perdida. Dios espera que le mostremos con obras el amor que le tenemos en la oración.

#### **2. «DADME UN HOMBRE DE ORACIÓN Y SERÁ CAPAZ DE TODO»**

Hemos podido contar en la obra vicenciana hasta veintinueve comparaciones e imágenes referentes a la oración. Todas ellas tienen un marcado valor apologético, exhortivo, doctrinal y encomiástico de la práctica oracional; unas y otras comparaciones

puntualizan la necesidad, importancia, naturaleza y eficacia del diálogo con Dios. Según sean las circunstancias en que se emiten dichas imágenes. Afloran en labios de Vicente de Paúl sentencias, comentarios y experiencias que tienden a entusiasmar al evangelizador de los pobres en el ejercicio de la oración.

Las comparaciones referidas al encuentro con Dios han de entenderse en el contexto de una Iglesia necesitada de apóstoles, de obreros que trabajan en la gran mies. La unión con Dios, fomentada en la oración, robustece la misión evangelizadora y comunica vigor a la transmisión del mensaje de Jesús, en este sentido, la oración tiene casi siempre, si no exclusivamente, una dimensión apostólica, como lo demuestran estas comparaciones: la oración «es una predicación que nos hacemos a nosotros mismos» antes de exhortar a otros a la virtud (4): «es una fortaleza inexpugnable que nos pone al abrigo de cualquier clase de ataque» (5); «es la despensa de todo de donde se sacan las instrucciones que se necesitan para cumplir debidamente con las obligaciones del oficio (6); «es el alimento necesario para la vida del alma» propia y ajena (7); «es como una fuente de juventud» que nos mantiene vigorosos y abiertos a las necesidades de los hermanos (8). Pero ninguna sentencia vicenciana se ha popularizado tanto como ésta: «Dadme un hombre de oración y será capaz de todo» (9). El hombre habituado a la conversación con Dios no teme los trabajos ni se amilana ante las dificultades anejas a la evangelización

La experiencia vicenciana se apoya en la misma de san Pablo; «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4,13).

### **3. LA ORACION CRISTIANA, «CONVERSACION DEL ALMA CON DIOS»**

Los fundamentos bíblicos y teológicos de la oración, interpretados según el lenguaje y espíritu de cada época, condiciona de alguna manera la experiencia gustada en el trato íntimo con Dios. San Vicente comenta el «don sagrado» de la oración a la luz de esos presupuestos, aunque matizados por la propia experiencia. Inspirándose en el testimonio de San Francisco de Sales, presenta un cuadro dinámico de la oración netamente cristiana; ignora, como es natural, muestras actuales posturas frente al zen, al yoga y a la meditación transcendental, caminos para llegar a la contemplación; afirma que lo propio y específico de toda oración cristiana es el diálogo amoroso del hombre con Dios. En esta definición entran elementos de la antigua filosofía griega y, sobre todo, de la práctica bíblica-judáica.

El 31 de mayo de 1648, fiesta de Pentecostés, expone su pensamiento más completo sobre la oración a las Hijas de la Caridad.

«La oración es una elevación del espíritu a Dios, por la que el alma se despegaba como de sí misma para ir a buscar a Dios. Es una conversación del alma con Dios, una comunicación mutua en la que Dios dice interiormente al alma lo que quiere que sepa y que haga, y donde el alma responde a su Dios lo que él mismo le da a conocer lo que tiene que pedir» (10).

La «elevación de espíritu» no tiene aquí nada que ver con los fenómenos extraordinarios que pueden experimentarse ocasionalmente. «No hay que ir a la oración para tener pensamientos elevados, éxtasis o raptos, que son más dañosos que útiles» (11). Elevación de espíritu significa, llanamente, un sentimiento de la presencia del Espíritu actuante en nuestra conciencia o un deseo profundo de encontrarse uno con Dios en lo más íntimo del ser. Con otras palabras, elevar el espíritu equivale a actualizar la fe en un Dios vivo y personal que nos ama y nos atrae fuertemente hacia Él.

#### **a) El Espíritu de Dios tiene la iniciativa en la oración**

Si la oración es una conversación, un diálogo o comunicación mutua entre el hombre y Dios, la iniciativa parte del Espíritu de Dios: «El viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar, según conviene» (Rm 8,26). La oración comienza cuando el Espíritu nos hace exclamar como hijos adoptivos: «Abba, Padre» (Rm 8,15). Dios amor quiere que vayamos a Él por amor, no por temor ni por otras razones. A la oración se entra por la puerta del amor. Hace poco oíamos que hemos de amor a Dios con el esfuerzo de nuestros brazos y con el sudor de nuestra frente, pero en cuestiones de oración.

«[...] un corazón verdaderamente lleno de caridad, que sabe lo que es amar a Dios, no querría ir hacia Dios si Él no se adelantase y lo atrajese por su gracia. Esto es estar muy lejos de querer obligar a Dios y atraérselo a fuerza de brazos y de máquinas. No, no, en esos casos no se consigue nada por la fuerza» (12).

#### **b) La respuesta del hombre a Dios**

Si Dios se revela como amor, sabiduría, palabra, el hombre se compromete a responder lo que el Padre «le ha dado a conocer que tiene que pedir». El orante pide luz y fuerzas para revestirse del espíritu del Hijo y para cumplir cabalmente la voluntad divina. A este fin, hace firmes resoluciones de seguir a Jesús, apoyándose en la gracia de Dios y no en las propias dotes (13)

La revelación de la bondad y ternura de Dios urge igualmente al cristiano a glorificar y dar gracias al Autor de todo bien, al Padre, «que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en la persona de Cristo» (Ef 1,3). El creyente que conoce ya «lo que ha de saber y hacer» se encuentra consigo mismo en la persona de Jesús "repasa las acciones de nuestro Señor y ve cómo el gastó su vida en servir bien a los pobres y toma, de nuevo, la resolución de imitarlo» (14)

#### **4. CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN**

El evangelizador de los pobres no se limita a almacenar experiencias espirituales, sino que transmite lo contemplado «acerca de la Palabra de vida» (1 Jn 1,1). Después de predicarse a sí mismo en la oración expresa, el apóstol de la caridad exhorta por medio del ejemplo y del ministerio a tener «vida en Cristo», a practicar el amor, a ser contemplativos en la acción. Santo Tomás considera la acción apostólica superior a la puramente contemplativa, «pues así como iluminar es más que sólo lucir, así es más transmitir a los otros lo contemplado que sólo contemplar» (15) A esta palabra añade san Vicente:

«Dadme un hombre que ame a Dios solamente, un alma elevada en contemplación que no piense en sus hermanos... Y he aquí otra persona que ama al prójimo, por muy vulgar y rudo que parezca, pero lo ama por amor de Dios. ¿Cuál de esos dos amores creéis que es más puro y desinteresado? Sin duda que el segundo, pues de ese modo se cumple la ley más perfectamente. Ama a Dios y al prójimo» (16).

A San Vicente se le conoce como el gran «místico de la caridad». Y lo es en el sentido genuino de la palabra, es decir, cristiano que vive los secretos del Reino, de un Reino de paz y de amor, de fraternidad y de solidaridad con todos los hermanos; pero no es místico por suponerle un agraciado de fenómenos extraordinarios. Por lo que se refiere a su oración, «no se ha podido descubrir si era ordinaria o extraordinaria: la humildad le hacía ocultar, en lo posible, los dones que recibía de Dios» (17)

#### **5. «DECÍOS MUTUAMENTE LOS PENSAMIENTOS QUE DIOS OS HA DADO»**

El Fundador de la Misión y de la Caridad solía tener cada dos o tres días la «repetición de oración». Esta consistía en comunicar a los demás, buena y sencillamente, los pensamientos que el Espíritu de Dios había inspirado durante la oración mental. Era un modo de enriquecerse unos y otros con la puesta en común de la oración. El pequeño grupo salía de la sala o capilla más enfervorizado e interesado en «los asuntos de Dios y de la iglesia».

«Tened mucho cuidado, de dar cuenta de vuestra oración. No podéis imaginaros cuán útil os será esto. Decíos mutuamente, con toda sencillez, los pensamientos que Dios os ha dado y, sobre todo, mantened con interés las resoluciones que hayáis tomado en ella» (18)

La operación comunitaria encontraba, por este medio, un espacio propio para expresarse; no faltaban en la comunicación experiencias deliciosas. El público las escuchaba atento y emocionado. Un clima de confianza y de espontaneidad envolvía la sala, lo que favorecía las participaciones sencillas de unos y otros, todos se esforzaban, bajo la moción del Espíritu, en ser fieles a la práctica del amor.

San Vicente se servía de esta circunstancia para llevar al grupo orante por las vías paralelas del trabajo y de la oración;

aprovechaba también la ocasión para enseñarle, lo mismo que Jesús a sus discípulos, a orar debidamente. En la mente de todos quedaba bien claro que el progreso en la oración no es cuestión de prisas, sino de fidelidad, no de romperse la cabeza a fuerza de tensiones y de sutilezas, sino de saber escuchar. En la oración, como en cualquier actividad apostólica, «los asuntos de Dios se van haciendo poco a poco y casi imperceptiblemente (19)

(Texto sacado de "El seguimiento de Jesús según Vicente de Paúl de Antonio Oreajo C.M. pag 169-185.)

## CITAS

- (1) SVP IX, 415: ES IX, 380. Para conocer más a fondo las fuentes de inspiración vicenciana sobre la oración, cf. Dodin, A., *En prière avec Monsierrur Vincent*, París 1950 (traduc. al español: *La oración en la vida apostólica*, Madrid 1996).
- (2) SVP XII, 344: ES XI, 620
- (3) SVP XI, 40: ES XI, 733
- (4) SVP XI, 84: ES XI, 779
- (5) SVP XI, 83: ES XI, 778
- (6) SVP XI, 344: ES XI, 237.
- (6) SVP XI, 344: ES XI, 237.
- (7) XVP IX, 416-417: EX IX, 381
- (8) SVP IX, 418: ES IX, 382-283.
- (9) SVP XI, 83; ES XI, 778.
- (10) SVP IX, 419: ES IX, 384.
- (11) SVP IX, 30: ES IX, 47.
- (12) XVP XI, ES XI, 136; cf. Fragois de Sales, *Oeuvres* (Ed. Annecy) T.VI, P. 384.
- (13) SVP IX, 222: ES IX, 213
- (14) SVP IX, 222; ES IX, 213.
- (15) St. Th. 2-2, q. 188, a. 6.
- (16) SVP XII, 261-262; ES XI, 552-553.
- (17) Abelly, L., *La vie du vénérable serviteur de Dieu...* L. III, c. VII, pp. 53-54.
- (18) SVP IX, 4: ES IX, 24.
- SVP II, 226: ES II, 190.